

KATRINE ENGBERG

EL
JUEGO
DE LA
MARIPOSA



Tras el hallazgo del cadáver de una mujer en la fuente de una de las plazas más céntricas de Copenhague, el inspector Jeppe Kørner lidera la investigación de un caso que tiene en vilo a la ciudad. Esta vez no puede contar con la ayuda de su colega Anette Werner, de baja tras una inesperada maternidad a la que no logra acostumbrarse. Y tampoco con la de su amiga, la escritora Esther de Laurenti, que se olvida del bloqueo creativo que la tenía preocupada y se siente motivada gracias a un nuevo vecino.

Pronto Kørner se da de bruces con una institución para jóvenes con problemas psiquiátricos que están a cargo de personas que tienen su propia idea de lo que significa cuidar de los demás.

Para Sysse Engberg, heroína y madre.

**SÁBADO,
14 DE OCTUBRE**

Prólogo

LAS AMPOLLAS DE cristal transparente se guardaban en el armario cerrado, junto con agujas y jeringuillas desechables. Morfina y oxicontina para el dolor intenso; propafenona para la fibrilación auricular, y el anticoagulante Pradaxa estaban cuidadosamente envasados en cartón y plástico transparente. Eran medicinas habituales en la planta de cardiología del hospital Riget para aliviar el padecimiento y mejorar la calidad de vida, a veces incluso para curar.

La enfermera echó un vistazo furtivo a los medicamentos e hizo un rápido cálculo mental. ¿Cuánto debía de pesar? El peso de los pacientes constaba en la ficha informativa colgada en el cabezal de su cama, pero no se atrevía a entrar para averiguarlo.

La noche se le había hecho eterna. Justo antes de que terminara su turno le habían comunicado que había una compañera de baja por enfermedad, así que le había tocado doblar. En lugar de pasar la noche con su familia, llevaba casi dieciséis horas trabajando. En su cerebro resonaban las alarmas, las exigencias y las preguntas de los pacientes nerviosos. Le dolían los pies dentro de los zapatos ergonómicos y tenía el cuello más tieso que la erección de un novio en su noche de bodas.

Bostezó, se frotó los ojos y se enfrentó a su reflejo en la puerta lisa y metálica del armario. Ninguna mujer de treinta y dos años debería tener esas bolsas crónicas debajo de los ojos. El trabajo iba a acabar con ella. Solo faltaba una hora para que terminara su turno y pudiera irse a casa a dormir mientras su familia se levantaba y desayunaba cereales con chocolate delante de la tele.

Sacó tres ampollas, se las puso en el bolsillo de la bata y volvió a cerrar el armario. Tres dosis de diez mililitros de ajmalina en una concentración de cincuenta miligramos por mililitro serían más que suficiente. El paciente no podía pesar mucho más de setenta kilos, cosa que significaba que treinta mililitros de aquel relajante cardíaco equivalían a más del doble de la dosis máxima recomendada. Lo bastante para provocar una parada cardíaca aguda y liberarlo de su sufrimiento. «Y a todos nosotros también», pensó mientras enfilaba el pasillo, vacío a primera hora de la mañana, hacia la habitación ocho.

Aquel anciano era un pesado, no paraba de decir palabrotas y se quejaba por todo, desde el terrible café del hospital hasta la arrogancia de los médicos. Toda la planta estaba harta de sus malos modos.

Ella siempre había sido de esa clase de personas que alzan la voz y pasan a la acción. No era una actitud que le granjeara muchos admiradores, pero ¿qué otra cosa podía hacer? ¿Actuar con pasividad y quejarse de las normativas inadecuadas y de la falta de camas, igual que sus compañeros? ¡Ni hablar! No se había hecho enfermera para llevar cafés y vendar arañazos. Ella quería cambiar las cosas.

La mujer de la limpieza, con la cabeza cubierta por un pañuelo, empujaba su carro lleno de cubos y trapos por el pasillo sin levantar la mirada del suelo de linóleo. La enfermera pasó junto a ella con las ampollas bien agarradas. El corazón empezó a latirle más deprisa. Dentro de poco pasaría a la acción, alcanzaría su pleno potencial para intentar salvar una vida. La expectativa empezaba a expandirse dentro de ella como un latido cuyo pulso vital respondiera al vacío que solía llenarla. En ese momento, ella era indispensable. Había mucho en juego, algo grande reposaba sobre sus hombros. En ese momento, era Dios.

Abrió la puerta del baño de personal, se echó desinfectante en las manos, limpió el lavabo y luego colocó las ampollas de ajmalina cuidadosamente una junto a la otra. Con

dedos experimentados, liberó una jeringuilla de su envase y la llenó con el medicamento, tras lo cual le dio unos golpecitos rutinarios para asegurarse de que no contenía aire. Con el envase hizo una bolita que escondió en el fondo de la papelera antes de volver a abrir la puerta con la jeringa en el bolsillo de la bata.

Antes de entrar en la habitación ocho echó un discreto vistazo por el pasillo. No vio a ningún compañero ni a ningún paciente con ganas de ir al baño. Abrió la puerta y se adentró en la oscuridad. Un leve ronquido procedente de la cama le confirmó que el paciente dormía. Faltaba poco para que pudiera descansar eternamente.

Se acercó y contempló al anciano, tumbado boca arriba con la boca entreabierta. Gris, huesudo y marchito. Una pequeña burbuja de saliva le colgaba del labio y sus pestañas temblaban débilmente. ¿Había algo en el mundo más innecesario que un viejo amargado?

Desenroscó la tapa del catéter que le adornaba la ajada muñeca y se sacó la jeringuilla del bolsillo. Acceso directo a la vena que iba al corazón, una puerta abierta para el largo dedo de Dios.

Lo bueno de la ajmalina era que actuaba muy deprisa; el corazón se detendría casi al instante. Introdujo la jeringuilla en el catéter, consciente de que apenas tendría tiempo de esconderla antes de que saltaran las alarmas de los monitores.

El paciente se removió débilmente sin despertarse. Ella le dio unas suaves palmaditas en la mano. Y entonces empujó el émbolo de la jeringuilla hasta el fondo.

**LUNES,
9 DE OCTUBRE**

SEIS DÍAS ANTES

1

—¡TÍPICO!

Frederik se secó el sudor de la frente y se echó la gorra hacia atrás. Se puso la capucha del impermeable, se aseguró de llevar las alforjas cerradas y empezó a pedalear. Siempre le costaba levantarse de la cama cuando sonaba el despertador a las 5.15, pero algunas mañanas eran peores que otras. Ese día, el aguacero hacía difícil recordar por qué había aceptado hacer la ruta de reparto del periódico. Seis días a la semana, quince inmuebles del centro de Copenhague, seiscientos veinte escalones para subir y bajar. Por desgracia, era la única forma de pagar el viaje de estudios de segundo, que no quería perderse por nada del mundo.

La central de reparto desapareció a su espalda en la oscuridad mientras se alejaba por la calle adoquinada. Desde su bolsillo, el teléfono lanzaba música a sus oídos y le daba energías renovadas. «I got my black shirt on, I got my black gloves on». A pesar de todo, molaba bastante tener la calle comercial más transitada de la ciudad para él solo. Se puso de pie sobre los pedales y se lanzó por la calle Strøget hasta que las plazas Gammeltorv y Nytorv se abrieron ante él. Pasaba de largo bloques de pisos primorosamente enyesados, con ventanas antiguas y canalones de cobre por los que gorgoteaba el agua de las lluvias otoñales. Los edificios estaban rodeados de árboles raquíticos y de los bancos típicos de Copenhague, con basura embutida entre los tablones, de color verde oscuro. Las columnas de color arena de los juzgados relumbraban en la penumbra matinal como si clamaran su moralidad sobre las tabernas subterráneas de la plaza. De día, aquello era un hervidero de tiendas de alquiler de bicicletas, turistas y vendedores de bisu-

tería de níquel de veinticuatro quilates, pero a aquella hora estaba totalmente vacío.

Frederik se bajó de la bicicleta de un salto y la apoyó en la fuente que había en el centro de la plaza. Se quitó los cascos y se aseguró de que la moneda que llevaba para comprarse un bollo de canela seguía a buen recaudo en el bolsillo de su abrigo. Echó un vistazo al espejo de agua de la fuente, que ondulaba en la oscuridad bajo las gotas de lluvia.

En el agua había algo.

Siempre solía haber cosas. Los servicios de limpieza retiraban casi a diario latas de cerveza, bolsas de plástico y zapatos inexplicablemente desaparejados.

Pero aquello no era un zapato.

Frederik trastabilló y se alejó instintivamente. A tres metros de distancia, en la fuente más antigua de Copenhague, flotaba una persona boca abajo con los brazos abiertos. La lluvia repiqueteaba con inocencia sobre la espalda desnuda. Las gotas rebotaban como cientos de diminutas fuentes.

Durante un instante, Frederik fue incapaz de moverse. Estaba paralizado, como en las pesadillas de las que a veces despertaba apesadumbrado por haberse vuelto demasiado mayor para el consuelo de su madre.

Entonces se puso a gritar incoherentemente:

—¡Ayuda! ¡Eh, hay alguien en el agua!

Sabía que debería meterse en la fuente y dar la vuelta al cuerpo, practicarle primeros auxilios, hacer algo. Pero la orina caliente que le caía por el muslo dejaba bien claro que en esos momentos no estaba en condiciones de ayudar a nadie.

Frederik por fin se atrevió a mirar el cuerpo que flotaba en el agua. Esta vez comprendió lo que estaba viendo. Nunca había visto un cadáver.

Con las piernas temblorosas, corrió hacia la tienda veinticuatro horas. Las puertas automáticas se abrieron y el olor

a canela y mantequilla le salió al encuentro al mismo tiempo que la dependienta de pelo claro que tarareaba despreocupadamente. El agua de la visera de la gorra le cayó en los ojos y Frederik se secó agua dulce y salada.

—¡Socorro, joder! ¡Llama a la policía!

La dependienta lo miró con los ojos muy abiertos. Entonces dejó caer la bandeja de rollos de canela y echó mano de su teléfono.

UNA LLUVIA TORRENCIAL desdibujaba los tejados y las siluetas de los edificios de Copenhague. El cielo descargaba cascadas antinaturales sobre los adoquines y los paraguas de la plaza Gammeltorv.

El inspector de policía Jeppe Kørner entornó los ojos y se atrevió a mirar hacia arriba. El aguacero no daba muestras de arreciar. Quizá fuera una señal de que el mundo se desintegraba, de los océanos reclamando los últimos vestigios de tierra firme. Se secó la cara con una mano aún más mojada, reprimió un bostezo y se agachó para pasar por debajo del cordón policial. El agua se le colaba entre las costuras de las botas de goma, que rezumaban a cada paso.

Entre las cortinas de agua vio siluetas cubiertas de plástico que se afanaban alrededor de la fuente levantando carpas del tipo que uno alquila cuando organiza una fiesta en el jardín con la esperanza de no necesitarla. Jeppe corrió a refugiarse bajo la tienda más cercana y echó un vistazo a su reloj. Marcaba poco más de las siete, el sol iba alzándose en la bóveda celeste. Aunque aquello tampoco cambiaba mucho las cosas, porque la luz del día no pasaría de una escala de grises.

En el agua de la fuente, un cuerpo desnudo reflejaba la luz de las linternas de los técnicos forenses. Jeppe observó la escena mientras se ponía un mono de protección sobre la ropa mojada. El cadáver flotaba bocabajo como un bu-

ceador en el mar Rojo. Un cuerpo de mujer, dedujo por la anchura de los hombros y la curvatura de la espalda, desnudo, de mediana edad. Su pelo oscuro empapado y con algunas canas dejaba entrever el cuero cabelludo.

—¿Sabías que esta fuente se llama El pozo de Caritas?

Jeppe se dio media vuelta y se encontró con el investigador de la Policía Científica J. H. Clausen. La capucha de un mono protector azul le enmarcaba la cara surcada de arrugas haciéndole parecer un pequeño *boy scout* disfrazado con un traje de astronauta de talla adulta.

—Te alegrará saber que la respuesta es no, Clausen. No lo sabía.

—Caritas significa «misericordia» en latín. Por eso la estatua en lo alto de la fuente es una mujer embarazada. El símbolo de amor al prójimo, ya sabes. —Clausen se secó la lluvia de las cejas hirsutas y le tendió la mano.

—Más que la estatua, lo que me interesa es saber por qué hay un cadáver flotando en la fuente. —Jeppe señaló el agua con la cabeza—. ¿Qué tenemos aquí?

Clausen miró a su alrededor en busca de un paraguas; encontró uno apoyado en un poste de la carpa. Lo abrió y dio un paso dubitativo hacia la intemperie.

—Qué tiempo de mierda, así no se puede trabajar. ¡Ven!

Jeppe tenía que caminar agachado para que su estatura considerable pudiera refugiarse bajo el paraguas que sostenía Clausen, mucho más bajo que él. Se detuvieron junto al borde de piedra de la fuente para contemplar el cuerpo. Las gotas de lluvia resbalaban por la piel blanca y desnuda, dándole el aspecto de una estatua de mármol, que el fotógrafo policial intentaba retratar desde el ángulo más útil mientras protegía su cámara de la lluvia.

—Está claro que los peritos forenses tienen que sacarla del agua y hacerle la autopsia para que podamos saber más sobre ella. Pero se trata de una mujer, caucásica, estatura media, y yo diría que ronda la cincuentena. —Un soplo de aire empujó el cadáver, cuya cabeza chocó suavemente

con el borde de piedra—. Un repartidor de periódicos la encontró sobre las 5.40. La llamada a la central de emergencias se realizó desde la tienda de la esquina dos minutos después. Se hizo un intento de reanimación como marca el protocolo. No sé por qué aún no la han sacado del agua. El repartidor y la dependienta de la tienda están dentro con un agente, esperando a que los interroguen. La dependienta abrió a las cinco y asegura que en ese momento no había nadie en la fuente, de modo que el asesinato pudo tener lugar entre las cinco y las 5.40 de la mañana.

—¿Quieres decir que esta es la escena del crimen? — Jeppe se retiró la capucha para tener una visión más amplia de la plaza—. ¿Que la mataron aquí, en medio de Strøget?

Clausen se giró hacia Jeppe, inclinó el paraguas y lo dejó expuesto a la lluvia. El pelo se le empapó al instante.

—¡Mecachis, Kørner, lo siento! ¿Te has mojado? A ver, me estoy explicando muy mal. Es improbable que la mataran aquí. Por varios motivos.

—Sería demasiado arriesgado... —Jeppe intentó hacer caso omiso de las gotas de agua que le resbalaban por el cuello y se le colaban bajo el impermeable.

—Sí, el riesgo de que apareciera alguien es grande. Solo el hecho de que se hayan atrevido a arrojar un cadáver a la fuente de Gammeltorv... vaya, es algo que me supera. — Clausen sacudió la cabeza con perplejidad—. Pero esa no es la única razón. ¿Ves los cortes que tiene en el antebrazo? Están tocando el agua, son difíciles de observar.

Jeppe entornó los ojos e intentó ver con claridad entre tanta lluvia. El cadáver de la fuente tenía cortes en la muñeca, estrechos y paralelos, que dibujaban un patrón simétrico. Heridas abiertas sobre la carne blanca. A Jeppe le vino a la cabeza la imagen de una ballena varada en una playa, y su inquietud aumentó.

—¿No hay sangre en el agua?

—¡Exacto! —Clausen asintió—. Debe de haber sangrado una barbaridad, pero no hay ni rastro de sangre, ni en el

agua ni alrededor de la fuente. Aunque llueva, si hubiera habido sangre, algo habríamos encontrado. La mataron en otro sitio.

Jeppe miró hacia las fachadas antiguas que había a su alrededor.

—Esto está lleno de cámaras de vigilancia, alguna habrá pillado algo. Si el asesino arrojó el cuerpo a la fuente, habrá quedado grabado.

—¿Y qué otra posibilidad hay? —Clausen parecía irritado—. No se hizo los cortes ella sola y se metió en la fuente de un salto, eso te lo puedo asegurar.

—¿Con qué se los hicieron? Los cortes, quiero decir.

—Eso todavía no puedo asegurarlo. Antes tendrá que verla Nyboe en el laboratorio. —Clausen se refería al médico forense que solía encargarse de las autopsias en los casos importantes de asesinato—. Pero, en cualquier caso, el arma del crimen no está en la plaza. Los perros llevan media hora corriendo de acá para allá y no han encontrado nada. Tampoco hay ningún rastro de la ropa de la fallecida.

Jeppe notó un zumbido en el bolsillo. Se secó las manos en los pantalones y sacó con cuidado el teléfono móvil. Vio «Mamá» en la pantalla y rechazó la llamada. ¿Qué quería ahora?

—En otras palabras, ¿alguien ha arrastrado un cadáver hasta aquí y lo ha arrojado a la fuente a primera hora de la mañana?

—Eso parece, sí. —Clausen esbozó una mueca de disculpa, como si se sintiera en parte responsable de aquella situación absurda.

—¿A quién se le ocurriría hacer algo así?

Jeppe se secó el agua del cogote y se frotó los ojos irritados. Había dormido poco y, encima, mal. Un asesinato no era precisamente lo que había esperado al levantarse.

«It's raining again. Too bad I'm losing a friend».

Sin poder quitarse de la cabeza aquella canción irritante de Supertramp, el inspector se sintió exasperado por ser in-

capaz de elegir la música que lo machacaba cuando estaba cansado y estresado. Solían ser fragmentos de temas pop comerciales que se reproducían sin cesar en su mente. «It's raining again. Oh no, my love's at an end». Se volvió a poner la capucha y se dirigió a la tienda donde esperaba el repartidor de periódicos.

LOS GRITOS ERAN insoportables. Un lamento desconsolado e incesante que resonaba a la misma frecuencia que el miedo a morir y el torno del dentista. El peor sonido del mundo, en definitiva.

La detective Anette Werner se dio la vuelta y cerró los ojos con fuerza. Svend estaba con el bebé para que ella pudiera recuperar algo del sueño que se le había negado durante la noche. Se tapó la cabeza con la almohada para bloquear el llanto y el mundo entero. Intentó pensar en una sola cosa que no daría a cambio de dormir una noche del tirón, pero no se le ocurrió nada.

Los sollozos se mezclaban con la voz tranquilizadora de Svend en la habitación de al lado. Ojalá se hubiera acordado de cerrar la puerta. ¿Y si se levantaba y lo hacía ella misma? Ya puestos, tenía que hacer pis. Antes del uno de agosto, el día que nació su hija, hubiera ignorado la vejiga llena y hubiera seguido durmiendo tranquilamente, pero a esas alturas había perdido toda la confianza en la capacidad de aguante de su cuerpo gruñón y cuarentón.

Anette se incorporó pesadamente y sacó los pies de la cama. ¿Cuándo desaparecería aquella sensación permanente de resaca y *jet lag*?

Se levantó despacio y notó que cada parte de su cuerpo cedía ante la pesadez de un esqueleto que ya no tenía el apoyo de la que había sido una sólida musculatura. Le dolían los pechos. Miró hacia abajo y descubrió que, una vez más, había olvidado descalzarse antes de meterse en la cama. Entonces se arrastró como un zombi sobre la alfom-